



"Así me gustan tus labios"  
palpitantes... irresistibles con el nuevo

**HEATHER**

(JIDER)

Ciclamor

No hay labios más irresistibles que los tocados con Heather, que pone en ellos una sinfonia de inolvidable dulzura. De consistencia perfecta, increíble adherencia, brillo y suavidad, Heather es, hoy más que nunca, el lápiz labial perfecto. Adquiera Heather hoy.

En su nuevo estuche de gala.



Techos de Porto Alegre.

## Circuitos de Turismo:

# PORTO ALEGRE

La Provincia de Sao Pedro... es digna de fijar la atención... de todos los hombres a quien una adversa fortuna pone en el caso de expatriación.

Arsène ISABELLE.

**H**ACE más de un siglo, Arsène Isabelle, el ilustre viajero francés, escribió las líneas del epigrafe, al terminar la relación de su aventurado viaje a través del sud de Brasil. Fué en el año 1835 y, entonces ese territorio (Rio Grande do Sud o Provincia de Sao Pedro) como el nuestro, se debatía en los movimientos de gesta de la nacionalidad. Las luchas cruentas, la vida y la naturaleza que parecían casi misteriosas, la inmensidad de los territorios y su abandono, eran factores de aislamiento con un permanente peligro de muerte. Las palabras de Isabelle dirigidas al pueblo que allí vivía, envuelven el concepto más conmovedor. Si en medio de tales peligros, los hombres mantienen—tan claramente exteriorizado al viajero—un sentimiento solidario de fraternidad, era porque estaba específicamente constituido para los más altos fines sociales. De cuantas palabras se quieran recoger para la patria, ésta es la ofrenda más emocionante: el reconocimiento de una virtud nativa que quizás era invisible para los mismos a quienes iba destinada. Nada más quisiera como epítonema de la vida para la patria mía.

¿Cuál es el recuerdo, desde mi salida de la ciudad, limpia y clara de Pelotas hasta Porto Alegre? Un camino que se va tiñendo de rojo, pero de rojo alegre, que no fatiga; a veces tornasolado en violetas o marrones, pero siempre en tonos penetrantes: casas de dos aguas, cubiertas de tejas amarillo-doradas; palmeras dominantes y "figueras" en paraguas protectores capaces de resguardar de las violentas saetas solares a diez carros con sus mulas y los carreros. Luego Boyacá; el camino rojo alegre que sube y baja empujándose cada vez más, va de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, un tanto destruido pero que, salvo en días de lluvia, se recorre fácilmente. Ahora nos rodean sierras azules por todas partes, partidas por el camino rojo alegre.

Se ven cuadros cultivados en la falda de las sierras. Se empieza a sentir como una nueva presencia vaga: estamos dejando nuestra vegetación achaparrada, y, el trópico, quiere mostrarse en Camacua. El viejo río sale de un meandro y entra en otro; es una cuerda destrenzada y revuelta a cuyo borde mantiene una vegetación en planos diversos. Algunos árboles tienen una línea de luz en su borde, como los dibujos de la primitiva pintura de los ceramistas, y, otros, contra las aguas claras del río, se extienden, guardando debajo de su follaje el mundo maravilloso y promiscuo de insectos y pájaros. Vuelan las mariposas con ese "su" raro silencio en alas vertiginosas y las hay desde las detonantes en colores hasta las transparentes en cristal. Un breve almuerzo en un almacén modestísimo, atendido amablemente por una joven pareja, en donde falta casi todo menos el buen café y el paisaje radiante. Desde las puertas abiertas se ve un derrumbe de verdes por las faldas de los cerros, volcándose en el Camacua que al fin los ata con su cinta en S, bruñida y sintilante, avara guardadora de arenas auríferas.

Pasamos el Camacua en balsa con toda facilidad, debido a la práctica de la tripulación aborigen que es precisa en sus movimientos, exactos y rápidos. Volvemos al camino, ahora rojo sangre. Entreveamos una población pequeña que muestra sus gimnasios de grandes letreros y suponemos sea el pueblo de Camacua. Luego vamos perdiendo altura hasta descender en Los Tapes, puerto de la Laguna de los Patos. Desde allí seguimos con toda celeridad el camino costero a la laguna sin poderla distinguir en todo el viaje.

Vemos, al fin, una línea blanca en el horizonte y, a poco, llegábamos a Guaíba sobre la margen derecha del río frente a la ciudad de Porto Alegre. Habíamos recorrido doscientos ochenta kilómetros y al detenernos nos invade una honda sensación de descanso. Podemos distinguir una gran parte de la ciudad de Porto Alegre, separada aún por más de una legua de agua que deberemos hacer nuevamente en balsa y pocas veces la sensación de descanso puede ser coronada por una emoción esté-

tica más deliciosa. Contemplamos una península como la de Montevideo que se interna en las aguas claras del río, rodeada de cerros y en el fondo cumbres verdes que llegan a trescientos metros. Y, aquel nombre: ¡Porto Alegre! hasta ahora sin contenido empieza a hacer su tintineo argentino. Parece escrito en el centelleo que las luces del poniente mueven, precisas, en los rectángulos de las casas, en los blancos saludos de los rascacielos y en los ojitos de las residencias rampantes que se abren un lugar entre el bosque del cerro al que han subido.

Mis recuerdos de este instante se completan con el espectáculo que más tarde viene desde el "morro" de Santa Teresa y comprendo porqué todo viajero lleva su imagen indeleblemente impresa. Pocas veces puede darse un panorama más bello y dominante. La ciudad no es sino un cincelado pectoral de aguas marinas con el que ajusta la suntuosa capa pluvial de su veste. Vienen hacia ella ríos y ríos. Cinco grandes avenidas líquidas que a su vista se aquietan. Nacieron del lado opuesto de las montañas que da origen a nuestro Uruguay y cruzan tierras prodigiosas con vientres de metales y venas azules de piedras preciosas, caen en oro blanco para las fábricas de Galópolis y se pueblan de pájaros en Cai (río de los pájaros). Y, en seguida se hacen útiles "caminos que andan" y religan ciudades, pueblos y almas hasta Porto Alegre. Allí el caudal inmenso de las dulces aguas se abre en un estuario y por fin caen en el manto interminable de la Laguna de los Patos. ¡Porto Alegre! Cuán natural parece que así se llame. No puede tener otro nombre un puerto que muestra una fisonomía abierta como un cariñoso saludo de bienvenida.

Penetrando en la ciudad es visible el afán edilicio y una efectiva cooperación vecinal. Gran ciudad de 300 mil habitantes, en sus calles de densa edificación no se encuentra un solo trozo de papel abandonado. Además, cosa extraordinaria en un país cálido, en ninguna parte se ven insectos; ni moscas ni mosquitos. La impresión de limpieza la completa el rumor urbano de sus principales arterias y sus *bordes* (tranvías) usando mesuradamente las bocinas; los tranvías se anuncian por silbidos poco agudos; ni campanarios ambulantes como los nuestros ni gente improvisora en los automóviles, para los que han resuelto la temible cuestión de la velocidad determinando calles de tránsito preferido, en las cuales se corre (y se corre mucho) pero automatizado por luces rítmicas en los cruces. Esas mismas calles, como nuestra Sarandí y la Florida en Buenos Aires, se cierran en las últimas horas de la tarde al tránsito de vehículos y se convierte en "lugar de estar" donde se destaca una unanimidad de trajes blancos sobre el pavimento que se ha hecho como un parquet de adoquines chicos dibujando rombos de dos colores.

Este buen gusto ciudadano no puede aplaudirse bastante. Cuando se quiere enseñar a un pueblo no se le debe dar consejos, es decir, palabras; es preciso actuar. He ahí una forma admirable de enseñar el respeto por la cosa pública. Poner debajo de los pies de los transeúntes y delante de sus ojos una obra de gusto, un detalle que, por su poder psicológico, va preparando y grabando un pensamiento ordenado. La calle dos Andradass, centro de la mayor actividad de Porto Alegre, es un salón tapizado. Nosotros presentamos en cambio, frente a esta obra de detalle fino, pavimentos vestidos con harapos, llenos de remiendos negros y de manchas desvanecidas del hormigón retocado. Allí las veredas son juegos de guardas hechas en cuarzoes de colores (como las que se veían en nuestros jardines aristocráticos en 1890) y si bien no tienen la ventaja del monolítico, los obreros han logrado disimular los pequeños desniveles y se camina perfectamente sobre ellos: en realidad es obra de "artesanía" que toca ya las lindes del arte mayor. Del valor constructivo de estos trabajos, en medio de la hora furiosa del cemento armado (que él también terminará) no quiero decir nada. Vete, lector, a Porto Alegre y pasea por sus calles. Si después de recorrer la plaza de la Alfândega (aduanas) miras unos instantes un árbol del cielo, monstruoso paraguas abierto a veinte metros de altura cubierto de finas hojas en una *calotte* arquitectónica, contemplas el deslumbramiento de las flores del "flamboyon", bajas los ojos y sigues sobre esas veredas en arabesco, sentirás que nacen en tí no sé qué pensamientos tranquilos y dulces: (quizás éste: aquí me quedaría a vivir) no entrarás en ninguna discriminación sobre escuelas o técnicas edilicias y comprenderás que las veredas vestidas con sus nubes de granito policromado te cierran el paso a todo pensamiento vulgar.



Rúa das Andradass.

¡Qué delicioso  
Bienestar!

La grata sensación de frescura que da a la piel el Talco Williams, proporciona un delicioso bienestar. ¡Úsalo! Ponga en su piel la suavidad de seda del finísimo Talco Williams, fresco, fino, fragante... como una lluvia de flores.

TALCO

**Williams**



En 4 perfumes florales:

VIOLETA - LILA - ROSA - CLAVEL



Las haciendas en una tropa.

Vamos por la rua dos Andradas en medio de la explosión de las luces laterales de las vidrieras. Las librerías muestran ediciones de gran formato sobre el tema "Amazonas"; a su lado lo que podría sonar un lapidario florentino con gemas brasileñas y no faltan las curiosidades baratas que tan necesarias son porque llevan del lugar lo que no pueden llevar las ricas piedras preciosas: un acento del alma popular, sus gustos, su intuición de arte primitivo, exteriorizado desde la cajita de marquetería con cierre secreto hasta los tapones de botellas tallados en maderas de Paraná. La calle deslumbraba y atrae. En cada escaparate una novedad: no se han dejado de contemplar las pesadas fuentes de plata portuguesa o los relojes de chimenea espectaculares en sus cincelados, cuando os obligan a la contemplación y a la reflexión, las cerámicas en las que es indudable la inspiración nacida en los grandes vasos de Dresden, fabricados para interiores de grandes mansiones. Predomina aquí la línea barroca —como es el mismo gusto alemán— aunque no ha llegado a la delicadeza de la porcelana de Sajonia. Es el camino que va subiendo esta industria y ya alcanza notables éxitos industriales y artísticos.

En cierto momento nos distrae el *tan-tan* violento de un grupo de máscaras vestidas de disparate y nos recuerdan que estamos en carnaval. Revivían el ritmo negro y dislocante. Su agitación era tal que agotaba los nervios con sólo mirarlos. Se comprendía, por la celeridad y justeza de los movimientos, que la comparsa no era cosa improvisada sino hija de largo entrenamiento. Tampoco se podía negar su cabal expresión de vida popular que aprovechaba el momento para evidenciarse. Como detalle: el numeroso grupo de máscaras estaba compuesto de hombres y mujeres; iban separados y, galantemente, las mujeres delante.

Pedí con cierta insistencia, se me condujera a los barrios pobres. No encontraban el momento oportuno para hacerlo y temí haber tocado un punto neurálgico de la vida social. Escudriñaba el horizonte desde cualquiera altura a la que llegaba, y en ninguna parte, recibía la impresión de haberlos localizado. El hecho me parecía un tanto inexplicable pues las barriadas pobres son las consecuencias inmediatas y

dolorosas de la ciudad fabril inexperta. Pero lo evidente es que al otear siempre distinguía una serie de edificios de aspecto limpio con su hermoso techo de tejas. Por fin el auto enfiló una calle y en una hondonada, junto a la ciudad, se me exhibió el barrio que buscaba. Eran algunas cuerdas de casas de madera y techo de teja. Este detalle me había disimulado hasta entonces el carácter de la población humilde. En ninguna parte se hacía visible la sordidez y el abandono. Por lo contrario; mostraban una característica nota con las tejas manchadas como si fueran cocidas con dos tierras distintas o de una temperatura de horno desigual, pero las manchas las hacían bellísimas. Por más que veía la modestia del resto de las casillas, casi todas de maderas, no podía pensar que fuera infeliz quien viviera bajo esos techos que, entre nosotros, sólo lo disfrutaban los pudientes. No sé cómo, en el aspecto biológico, resuelven los pobres portoalegreses sus problemas (por ciertos precios de comestibles debo creer que como en todas partes, muy difícilmente) pero sus caseríos están a un paso de poder transformarse en la solución de la vivienda mínima. Todas las técnicas y discusiones no han podido dar aún a los obreros una habitación confortable sino a alto precio. En definitiva: el obrero generalmente carece de casa propia. Por lo menos, allí bien lo veía, habían llegado a dotar a todas las propiedades de un techo ideal. Si la industria y los municipios locales quisieran, en poco tiempo nuestros techos de paja desaparecerían con su lamentable efecto cuando se miran en colección, y tendrían un techo inmejorable y eterno. Y que no se argumente que la teja es de difícil construcción. Se hace y se cuece como un ladrillo común y luego de pintada se impermeabiliza satisfactoriamente.

Las últimas horas de Porto Alegre —lleno ya de una anticipada *saudade*— se unen al recuerdo de una voz amiga, apagada, casi de seda, voz que apenas insinúa un ruego y que manda al corazón. Así iba comentando cada cosa que se abría ante nosotros, al paso un tanto de vértigo del auto:

—Esta es la evocación, y me mostraba la avenida Pessoa en donde nos precipitábamos cruzando un hermoso viaducto de



"Figuera" de Boyacá.

italico sello, de un gran hombre que murió por su ideal. Más allá la estatua de un hombre público que murió asesinado. Este parque es la conmemoración de la cruenta lucha farroupilha que hizo vacilar la monarquía del Brasil por 1835...

La tragedia y la muerte se levantaban en cada esquina. Y así fué evocando figuras eternas, ya alcanzadas por el bronce, hombres que se han ido y aún vibran para la lucha. Quiso agregar una sonrisa mi amigo y dijo señalándome una amable residencia subida al cerro:

—...Verissimo...; y, en verdad, pareció que llegaba a nosotros y sonreía quien con su pensamiento sintético y su palabra armoniosa llevaba la dulce "fábula" portuguesa por todo el continente.

Y, al volver, pasando junto al busto del periodista Caldas Junior, romántica figura que como un hito de cultura se levantaba en la plaza, nos detuvimos a contemplar la estatua ecuestre del General Osorio que se apoya no en el granito de su base sino

en estas admirables palabras allí grabadas:

"A data mais feliz de minha vida seria aquela em que me dessem a noticia de que os povos civilizados festejaban a sua 'confraternização'".

Y esta arenga para el mundo:

"¡Soldados! e facil a missao de commandos homens livres! Basta mostrarlhes o 'camino do dever'".

Y esta crónica de Porto Alegre termina como ha empezado. No cabe su historia en un artículo sino en muchos libros; pero al lector podrá serle útil saber que naturalistas, literatos, periodistas y generales en Rio Grande do Sud han llegado a la misma encrucijada donde pronunciaron fácilmente, y la han sellado con lealtad, la misma palabra: fraternidad.

R. Francisco MAZZONI.

Maldonado, marzo de 1947.  
(Fotos del autor).



Barrio residencial. Casa del Sr. Alcides Gonzaga.



La plaza de la Alfandega con un ejemplar extraordinario del árbol del cielo.